

chará que tú me has dado la muerte; todos se persuadirán que morí á manos de un salteador y asesino. Diciendo esto Baltasar desabrochó apresuradamente el pecho, y señalando el sitio del corazón: hiere aquí, le dixo; el golpe será ejecutivo y seguro, y yo pagaré la pena de un desdichado padre que deshonoró al mundo y á la humanidad dando á aquel y á esta un hijo tan malvado.

Al oír semejantes palabras quedó Gaspar atónito y embargado, no de otra manera que si hubiera oído el estruendo terrible de un espantoso trueno; y lejos de justificarse cayó derribado y sin sentido á los pies de tan amoroso padre. El buen viejo viendo aquel principio de arrepentimiento se consoló y se enterneció: hizo su oficio la sangre, y acudió prontamente á socorrer al desgraciado mozo; pero Gaspar luego que se recobró algun tanto, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado y afligido, hizo algun esfuerzo para levantarse, logrólo, volvió á montar en su mula, y se retiró lloroso y avergonzado, sin articular ni una sola palabra. Dexóle ir Baltasar, y abandonándole á los remordimientos de su conciencia, él se restituyó á Córdoba, donde seis meses despues tuvo la gustosa noticia de que su hijo habia tomado el habito en la Cartuxa de Sevilla para pasar el resto de su vida, sustentándose con el pan de lágrimas, y entregado á los rigores de una larga penitencia.

CA-

CAPITULO XII.

Fin de la historia de Scipion.

Tal vez aunque muy rara, los malos ejemplos producen buenos efectos. La vista y la consideracion de la mala conducta que habia tenido el mozo Velazquez me abrió los ojos para hacer sérias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mis rateras inclinaciones, y á vivir como hombre honrado y de bien. La costumbre que habia adquirido de pillar quanto dinero podia haber á las manos, se habia formado con actos tan repetidos é inveterados, que era muy difícil de vencer. Sin embargo esperaba lograrlo, persuadido á que para ser un hombre santo no es menester mas que quererlo de veras. Empeñé, pues, esta grande obra, y el Cielo echó la bendicion á mis esfuerzos. Ya no miraba con ojos codiciosos el cofre del viejo mercader, y me parecia que aunque estuviera en mi mano sacar de los talegos lo que quisiese no llegaria á ellos; pero al mismo tiempo confieso seria gran imprudencia poner en tan peligrosa tentacion á un arrepentido tan tierno, de lo qual se guardó muy bien el viejo Velazquez.

Concurria frecuentemente á casa de éste un caballerito del Habito de Alcántara, llamado Don Manrique Medrano. Todos le estimábamos mu-

mucho porque era de los mas nobles, aunque no de los mas hacendados. Este se pagó tanto de mí que siempre que me encontraba me detenía á un poco de conversacion, mostrando particular gusto en oirme hablar. Scipion, me dixo un día, si yo lograra un lacayo como tú, y de tu buen humor, creeria haber encontrado un tesoro. Si no estuvieras con un amo á quien estimo tanto, haria lo posible por engancharte para mi servicio. Señor, le respondí, eso costaria muy poco á V. S., siempre me ha llevado la inclinacion á las personas nobles, sus caballerosas y desembarazadas modales me encantan. Confieso verdaderamente que este es mi flaco. Siendo eso así, me replicó Don Manrique, quiero suplicar á mi gran amigo el señor Baltasar que tenga á bien te pases de su casa á la mía, y espero que no me negará esta gracia. Otorgóselo Velazquez prontamente, y con tanta mayor facilidad quanto mas presto se persuadió que la pérdida de un criado bribon no era absolutamente irreparable. Yo por mi parte tambien tuve muy poco que hacer en consentir gustoso en esta translacion, pareciéndome que el servir á un mercader era cosa muy baxa respecto á lo que sonaba servir á un caballero de Alcántara.

Y si he de hacer á Vmrs. un retrato fiel de lo que era este mi nuevo amo, debo decirles que en lo personal era de lo mas bien parecido que he visto en toda mi vida; su apacible genio y sus cortesanísimas modales le hacian tan

ama-

amable que se robaba los corazones de todos, acompañadas estas prendas de un entendimiento despejado, y de un buen juicio. Fuera de eso, era un hombre de mucho valor, de honradez y pundonor á toda prueba. Nada en fin le faltaba sino los bienes de fortuna. Segundon de una casa ilustre, pero pobre, vivia á expensas de una tia residente en Toledo, que le suministraba quanto habia menester para mantenerse con decencia. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas las casas era recibido con particular gusto y especial inclinacion. Frequentaba las de las primeras damas de la ciudad, y entre otras la de la Marquesa de Almenara. Era esta señora una viuda de setenta y dos años, cuyo espíritu y amabilísimas modales atraían á su casa toda la nobleza Cordobesa de ambos sexos. Damas y caballeros la amaban y veneraban á competencia solicitando su amable y discretísima conversacion, de manera que se llamaba su casa *la tertulia de la buena compañía*.

Mi amo era uno de los que mas frequentaban aquella señora. Saliendo una noche de su casa, y acompañándole yo, me pareció un sí es no es azorado y pensativo, contra el ordinario temple de su natural tranquilo, alegre y sosegado. Señor (le pregunté) ¿qué tiene V. S.? Seale lícito á este su humilde y fiel criado hacerle esta pregunta. ¿Le ha sucedido á V. S. alguna cosa extraordinaria que le dé inquietud?

Son-

Sonrióse el Caballero, y me confesó que verdaderamente le llevaba toda la atención, y no podía echar del pensamiento una muy seria conversación que acababa de tener con la Marquesa de Almenara. No pude contener la risa, y le dixé en tono bufonesco: vamos claros, que sería una bella cosa, si esa tierna niña setentona le hubiese hecho á V. S. alguna declaración de amor. Chanzas á un lado; Scipion, sábete que la Marquesa me ama. Caballero (me dixo) os tengo tanta compasión por vuestra poca fortuna, quanto hago aprecio de vuestra calificada nobleza. Siempre os he mirado con particular inclinación, y por consiguiente he determinado haceros rico. No descubriendo otro medio legítimo y decente para lograrlo que el ofreceros mi mano, estoy pronta á hacerlo siempre que vos no lo repugneis. Preveo muy bien los muchos materiales que dará á la risa pública, particularmente por mi parte, el aparente ridículo de este extravagante matrimonio, y que todos me tendrán por una vieja chocha y sin cabeza. Nada me importa esto: todo lo despreciaré, y todo lo llevaré á bien, solo por ponerlos en estado de vivir como mereceis sin necesitar de nadie. Lo único que temo es vuestra resistencia al logro de mi intento.

Esto fue lo que me dixo la Marquesa, prosiguió el Caballero. Teniéndola, como la tengo por la muger mas juiciosa, mas prudente, y mas racional de Córdoba, considera lo admirado que

que quedaria yo al oírlo aquel discurso. Respondíla, pues, declarándola lo mucho que me habia sorprendido la grande honra que me hacia en ofrecermé su mano, quando siempre la habia visto inmóvil en la resolución de permanecer viuda hasta la muerte. A esto me replicó, y me satisfizo diciendo, que hallándose dueña absoluta de tantos bienes de fortuna y sin heredero forzoso, habia determinado hacer que á lo menos en vida entrase á disfrutarlos con ella un caballero de virtud, de honor y demas prendas apreciables. Sin duda (le repliqué yo entónces) que V. S. está ya determinada á saltar el foso, y no hacer aprecio del barranco. Así es, me respondió mi amo. La Marquesa goza ricos mayorazgos, es señora de inmensos bienes libres, y por otra parte está dotada de todas las prendas de corazón y de entendimiento que se pueden desear en una muger de su esfera. Acreditaria yo que habia perdido el juicio si dexára escapar una ocasión tan ventajosa para mí, mayormente quando por sí misma se me ha venido á las manos.

Alabé mucho su resolución de agarrar la fortuna por los cabellos, y de meter en casa el buen día, y le exhorté fuertemente á que hiciese lo posible para que quanto antes se pusiese en execucion tan prudente pensamiento: tanto era el miedo que tenia de que se desvaneciese por alguna fatal imprevista contingencia. Por fortuna estaba la Marquesa mas impaciente que

yo por ver efectuada su caritativa y christiana resolucion lo mas presto que fuese posible; y así dió sus órdenes tan apretados, y tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo quanto era menester para que se celebrase la boda con la mayor magnificencia. Apenas se extendió por Córdoba la voz de que la Marquesa de Almenara se casaba con Don Manrique Medrano, comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas, y chocarrerías no afloxó un punto en su resolucion. Dexó hablar á los ociosos, y ella se fue muy sosegada á la Iglesia con su querido Don Manrique. Celebróse su boda con magnificencia, y esplendor: nueva ocasion para que la maledicencia volviese á su primer desahogo con mayores fuerzas. La carcueza novia (decian) debiera por lo menos haber ahorrado la pompa y el estruendo como impropios en la boda de una vieja decrépita, que pasa á segundas nupcias con un niño tan galan como discreto.

La Marquesa, lejos de mostrarse acobardada, y corrida por esposa de un mozalvete como aquel en su caduca edad, por el contrario, muy de propósito se abandonaba á las mas vivas demostraciones de contento y alegría, que ocupaba todo su pecho por hallarse ya en posesion de lo que tanto habia deseado. Toda la nobleza Cordobesa de uno y otro sexó fue convidada á una espléndida cena, y á un baylé no me-

menos suntuoso que se siguió despues. Al fin de éste desaparecieron los dos novios para meterse en un quarto donde una dama de la Marquesa y yo los estábamos esperando. Luego que se entraron en él empezaron con mas fuerza las hablillas y dichos sobre el retiro inopinado de los novios; pero éstos estaban ocupados en asuntos muy serios y diferentes de los que imaginaban los maliciosos; pues así que se cerraron en el quarto se volvió la Marquesa al caballero, y le habló en esta substancia: Don Manrique, este es vuestro quarto, el mio está al otro extremo de la casa, y á bastante distancia de este. De noche cada uno estará en el suyo, y por el dia viviremos juntos como madre é hijo. Al principio se quedó un poco sorprendido el caballero, pero recobrado algun tanto le pareció que quizá la dama le hablaria en aquellos términos para empeñarle en que él la hiciese una dulce y amorosa violencia. Baxo esta equivocada aprehension, juzgando que la gratitud, y la buena crianza estaban pidiendo que se mostrase muy apasionado, se acercó á la Marquesa, y con las mas vivas y rendidas expresiones la suplicó le permitiese el honor de servirla por aquella vez de su ayuda de cámara. Echóle de sí la Marquesa con mucha seriedad, diciéndole con semblante severo, y en tono enojado: deteneos, Don Manrique, ¿qué haceis? Si os parece que soy una de aquellas viudas que se casan segunda vez por fragilidad, vivis muy equi-

equivocado: caséme con vos precisamente porque pudiéseris gozar las tales quales comodidades que os produxese nuestro contrato matrimonial. Por esta cortísima prueba de la particular estimacion que hago de vos, ni quiero, ni admitiré jamás de vuestra parte otro reconocimiento que el de una fiel, sincera y purísima amistad. Diciendo esto volvió las espaldas dexándonos solos en el quarto á mi amo y á mí; y retirándose ella al suyo con su criada, no permitió de manera alguna que el Caballero la fuese sirviendo hasta él.

Despues que se retiró quedamos los dos por un gran rato como pasmados y aturdidos de lo que acabábamos de oír, ver y palpar. Finalmente rompió el silencio Don Manrique haciéndome esta pregunta: dime, Scipion, ¿te habia pasado jamas por el pensamiento lo que acabas de ver por tus ojos, de oír con tus oídos y de tocar con tus manos? ¿Qué juicio haces de una muger como esta? Juzgo, le respondí, que ó no es muger, ó es original, y única en su especie como el ave fenix. ¡Oh que afortunado es V. S. en haberle tocado una muger que no tiene semejante! Esto se llama un pinguísimo beneficio simple y sin carga. Yo, prosiguió Don Manrique tomando la palabra, no acabo de admirar el raro y singular caracter de una esposa tan estimable; por mi parte quiero corresponder con todas las imaginables atenciones al gran sacrificio que ha hecho de su delicadeza.

Pa-

Pasamos largo tiempo hablando siempre de la dama, hasta que rendidos al sueño yo me dexé caer sobre un colchon que estaba en la guardropa, y mi amo se acostó en una regalada y magnífica cama que le habian prevenido en el mismo quarto; y me parece que allá en el fondo de su corazon no le pesaria mucho dormir solo, celebrando el verse libre de la compañía de la vieja á tan poca costa como la de un miedo pasajero.

El dia siguiente se dió principio, ó por mejor decir continuaron los regocijos en celebridad de la boda. Mostróse en todos ellos la Marquesa tan desembarazada, y de tan buen humor, que añadió nuevos alimentos á las chanzonetas de los chufleteros. Lejos de formalizarse por sus chistes y equívocos, era la primera que se zumbaba á sí misma, y celebraba los dichos de los demas, dándoles cordelejo para que se divirtiesen á costa suya. El Caballero por su parte no se mostraba menos alegre, ni menos contento con su nueva esposa; y al ver las finezas que la hacia, y la ternura con que la hablaba, podía parecer á alguno que estaba enamorado de la misma vejez. Aquella noche entraron los dos esposos en otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que se habian de tratar en adelante ni mas ni menos como se trataban antes del matrimonio, sin permitirse otras licencias. Todavía es menester hacer á Don Manrique esta justicia, y no defraudarle de la alaban-

banza que merece. Hizo por amor á su muger lo que pocos harian en iguales circunstancias. Rompió el trato que tenia con cierta damita de media estofa, á quien amaba, y que le correspondia tiernamente, no queriendo, decia él, llevar adelante una amistad que necesariamente habia de ofender la delicada conducta de una esposa que le amaba con tanto desinterés y generosidad.

Mientras él estaba dando estas pruebas de fina correspondencia á tan generosa dama, la Marquesa se las pagaba con usuras aunque ella las ignoraba. Hizole dueño absoluto de su bolsillo, el qual por cierto valia algo mas que el cofre de Velazquez. Fuera de eso, habiendo reformado la casa y la familia durante su viudez, la restituyó al mismo pie que tenia en vida de su primer marido. Aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de generosos caballos, y de valientes mulas; en una palabra, por su bizarría y por sus continuos desvelos, el Caballero mas pobre del Orden de Alcántara, de la noche á la mañana pasó á ser el mas opulento. Acaso me preguntarán Vmds. ¿y qué ventajas sacaste tú de la boda? Vóysele á decir. Mi ama me regaló cinquenta doblones, mi amo ciento, y ademas de eso me hizo su secretario con la asignacion de quatrocientos escudos anuales. Y aun no contento con esto, se fió tanto de mi lealtad que me declaró su tesorero.

¡Su

¡Su tesorero! exclamé yo admirado, interrumpiendo á Scipion quando llegó á este paso. Sí señor, me respondió, con cierto ayrecillo sério y frio; sí señor, su tesorero. Y sin jactancia me atreveré á decir que desempeñé con honor aquel peligroso empleo. Es verdad que acaso habré quedado deudor de alguna cosilla á la caja, porque como dexé de repente el servicio del Caballero, y yo me cobraba anticipadamente de mi salario, no es imposible que hubiese quedado en la cuenta algun resto de alcance contra mí. Si así fuere, será esta la última picardiguella que me podrán echar en cara, porque desde entonces acá he vivido como hombre de bien y con la mayor rectitud, y aun conciencia.

Hallábame, pues, continuó Scipion, secretario y tesorero de Don Manrique quando recibí mi amo una carta de Toledo en que le daban noticia de que su tia Doña Teodora Moscoso se hallaba á los últimos de su vida. Partió en posta prontamente á dicha ciudad para asistir á una señora que de muchos años antes hacia con él oficio de madre. Acompañéle yo en aquel viage, juntamente con una ayuda de cámara y un lacayo. Montamos todos quatro en los mejores caballos de casa, y en breves dias llegamos á dicho pueblo, donde encontramos á la enferma en un estado que nos hizo esperar no moriria de aquella. Con efecto no desmintió el suceso nuestros pronósticos, aunque contrarios al de los Médicos que la asistian.

Mien-

Mientras la salud de nuestra buena tía se iba visiblemente restableciendo y ganando terreno cada día, menos quizá por los remedios que la aplicaban los Doctores que por el gusto de tener en casa á su querido sobrino, el señor tesorero lo pasaba alegremente divirtiéndose con la gente moza, cuyo trato le proporcionaba frecuentes ocasiones de aliviar el bolsillo, gastando bizarramente su dinero. Llevábanme consigo á las tablajerías, donde insensiblemente me empeñaban en el juego, y como no era yo tan diestro jugador como mi antiguo amo Don Abel, por lo comun perdía siempre muchas de lo que tal qual vez ganaba. Sin embargo poco á poco me iba aficionando á jugar, y si hubiera fomentado por mas tiempo esta pasión, sin duda que muy presto me veria en necesidad de recurrir á la caja por algunas asignaciones anticipadas, pero por fortuna mia y de la caja el amor la salvó á ella y tambien á mi virtud. Pasaba yo un día junto á la Iglesia de los Reyes quando ví asomada á una celosía, cuyas puertezuelas estaban abiertas, una hermosísima doncella, que no ya me pareció una criatura mortal, sino una deidad verdadera. Si encontrára otra voz mas expresiva me serviria de ella para hacer concebir á Vmds. la grande impresion que me hizo aquella impensada vista. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella ó camarera de

una

una hija segunda del Conde de Polan. Beatriz al oír esto interrumpió á su marido Scipion, y riendo á carcajada tendida, volviéndose á mi muger, la dixo: señora Antonia, míreme Vmd. bien: ¿parécela en conciencia que yo tengo traza de deidad? Por lo menos entonces (la dixo Scipion) la tenias á mis ojos, y ahora despues que enteramente quedé satisfecho de tu fidelidad, todavía la tienes muchas. Dada por mi Secretario esta cortesana respuesta á la inocente burla de su muger, pasó adelante con su historia.

El descubrimiento que hice añadió muchos grados al ardor que ya me abrasaba, el qual, para decir la verdad, no era ardor muy legítimo. Imagíneme que facilmente podria derribar su virtud batiéndola con presentes capaces de hacerla bambolear, pero conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente la ofrecí un buen bolsillo por medio de ciertas mugercillas mercenarias, y ademas de eso mi cuidado de repetirla los socorros; oyó con mucho enojo la propuesta, y la despreció con mayor indignacion. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último expediente. Hice que la ofreciesen mi mano, y la aceptó luego que supo ser yo Secretario y Tesorero de Don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos en secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del Conde

TOMO IV.

T

de

de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarla en el jardín donde me introducía por cierta puersezuela medio excusada, cuya llave me entregó. Difícilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ámbos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos; ámbos volábamos con el mismo ardor al consabido sitio, y siempre se nos hacia breve el tiempo que pasábamos en él, aunque algunas veces no dexaba de ser largo.

Una menguada noche tan amarga para ella y para mí como habian sido dulces todas las anteriores, quedé sumamente sorprendido quando llegué al jardín y hallé abierta la puersezuela. Sobresaltóme infinito esta novedad, y entré luego en las mas negras y mas rabiosas sospechas. Sentíme pálido y trémulo, como quien ya presagiaba lo que iba á suceder. A favor de la obscuridad, y muy á paso lento me fuí acercando hácia un gracioso gabinete fabricado de boxes y de mirtos con exquisito primor, que era el sitio concertado para nuestras nocturnas visitas; y quando ya estaba inmediato á él oigo dentro una voz que me traspasó los oidos y el corazon, con estas precisas palabras: *amada Beatriz, no me hagas penar mas, acaba ya de hacerme feliz, aunque no sea mas que por asegurar tu fortuna, la qual es inseparable de la mia.* En vez de contenerme dando lugar á mayor ex-

pli-

plicacion, como lo pedía la prudencia, me pareció que ya no necesitaba oír mas, y apoderándose de toda mi alma unos rabiosos zelos, sin respirar ni dar oidos á otra cosa que á la mas pronta venganza, desembayné la espada, entré en el gabinete, diciendo, ¡ah villano y cobarde engañador! seas quien fueres, antes de quitarme el honor, será menester que me arranques la vida; y sin mas ni mas tiré una estocada al que estaba hablando con Beatriz. Púsose en defensa prontamente, y como era mucho mas diestro que yo en el manejo de las armas, puesto que nunca habia tomado mas que unas pocas lecciones de esgrima en Córdoba, riñó como hombre que sabia bien jugarlas. Sin embargo de eso le tiré una estocada que no pudo parar, y creyendo que le habia herido mortalmente porque le ví caer redondo, quizá por haber causalmente tropezado, me puse en salvo á carrera tendida sin dar oidos á las voces de Beatriz que me llamaba.

Así fue puntualmente (interrumpió entonces Beatriz, volviéndose á los que estábamos oyendo) yo le llamaba para desengañarle y sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el gabinete era Don Fernando de Leiva. Amaba tiernamente este señor á mi ama Julia; estaba determinado á sacarla de casa para depositarla; y pareciéndole que no lo podría conseguir si yo no le ayudaba, deseó hablar conmigo reservadamente, y yo le cité

T 2

pa-